

---

# **VALOR SOCIAL DEL ANCIANO**

---

Bertha Luna Torres\*

## **RESUMEN**

La vejez se ha visto rodeada de tabúes, mitos y prejuicios.

Han sido contradictorios los conceptos y la valoración del anciano, quien en lugares y momentos culturales ha estado desde ensalzado hasta despreciado.

El mundo actual, desplaza al geronte a ritmo acelerado; los cambios sociales han generado condiciones de marginalidad para ese sector de población, dificultando aun más el proceso de envejecer, que de hecho tiene limitaciones.

Es por eso importante que al trabajo que desarrollan Geriatras y Gerontólogos se sumen otros profesionales y un sinnúmero de entidades; en aras de eliminar prejuicios y rescatar el valor social del anciano, quien por su legado merece un ocaso, que compense su aporte y participación en la construcción de la sociedad, solo así se perderá el miedo a envejecer.

**Palabras claves:** Vejez / Prejuicios / Geronte / Cambio social / cultural / económico / Marginalidad / Geriatras / Gerontólgos.

## **SUMMARY**

The old age is been surrounded bymisteries, myths and prejudices. The concepts and the valoration of the ancient man, have been contradictory. In different places and in many cultural moments, the old man has beeen taken from the glory to the scorn.

The actual world scrolls the ancient in a very fast rythm; the social changes have generayed conditions of disadvantages for that group of the population, difficulting even more the process of growing old, that in fact has a lot of limitations.

Its important that a lot of professionals from many institutions involved with this important cause, join the work developed by geriatrics and gerontologics; so in this way we can restore the social values of the ancient, who deserves a peacefull old age in compensation with his

---

\* Socióloga. Mg en Educación de adultos.

participation in the job of building a better society. Only in this way, the fear to grow old will be lost.

**Key Words:** Old age / prejudices /ancient / social, economical and cultural changes / geriatrics / gerontologic.

Cuanta alegría nos produce la llegada de la juventud, pensamos y esperamos impacientes y ansiosos los 18 años, los 25; pero... anhelamos y pensamos en la vejez? Se puede afirmar que la mayoría de los seres humanos omitimos para sí mismos, la formulación de interrogantes de crucial importancia en relación con esa etapa de la vida: ¿Cómo será la propia vejez?, ¿Qué circunstancias la rodearán? Siendo que la vejez es el resultado de etapas anteriores, ¿nos estamos preparando adecuadamente para ella? Pero, ¿por qué no lo planteamos? En parte porque se nos ha mentalizado acerca de que la vejez es un periodo nefasto de la existencia. Tanto la vejez como la muerte están rodeadas de una serie de prejuicios, mitos y son verdaderos tabúes.

A lo largo de la historia de la humanidad, el envejecimiento se ha visto en términos de carencias, de minusvalías, de fealdad de enfermedad y de muerte.

Desde la antigua Grecia y la antigua Roma, se vislumbraba la valoración negativa del anciano; para muchos griegos la vejez era considerada como un castigo; testimonian los documentos que Sócrates por ejemplo, no quería que su vida se prolongara hasta la vejez por el temor de pagar el precio que ella implicaba: ser sordo y ciego; Otros filósofos presentaban a la vejez como el momento crítico en el que se perdía la razón. Esos conceptos peyorativos acerca de las personas mayores, fueron haciendo carrera hasta quedar grabados en el inconsciente colectivo.

No se pretende afirmar con lo anterior, que toda la conceptualización sobre la vejez haya sido desfavorable, por el contrario, también, desde la antigüedad se destacan situa-

ciones que hablan de la –casi– veneración del anciano. Frente a ese hecho, se destacan hombres como Platón, quien le dio a la vejez un reconocimiento, como la etapa del Ser, en donde la prudencia, la serenidad y la capacidad de juicio alcanzan su máxima expresión. A él se han sumado otros grandes pensadores que incluso presentan recomendaciones para una senectud agradable.

Con el surgimiento de la gerontología y de la geriatría, se diferencian vejez y enfermedad y se incorporan nuevos paradigmas; sin embargo la visión pesimista sobre la ancianidad parece que ha tenido una fuerza implacable y ha dado cabida al fortalecimiento de valores negativos, cuyo efecto ha sido la marginalidad del anciano, condición que varía entre los pueblos y comunidades, dependiendo de patrones culturales y en general del contexto de cada época de la humanidad - se resalta que hay países y culturas, en donde el geronte ocupa y ha ocupado siempre un lugar preeminente, lamentablemente en Colombia se están produciendo una serie de fenómenos que marginan cada vez más al anciano y peor aun que convierten en gerontes a personas cronológicamente jóvenes.

En términos generales, al comparar la sociedad eminentemente agraria con la industrial, se concluye que la primera contaba con estructuras sociales, económicas, políticas y culturales que le daban al anciano un lugar preferencial y una auténtica valoración; mientras que en las sociedades industrializadas estamos ante un proceso que progresivamente y casi sin darnos cuenta, nos lleva a prescindir del anciano.

En las sociedades industrializadas, en donde la ocupación laboral y la tenencia de una

renta son elementos que otorgan status, las personas mayores de sesenta años (salvo algunas minorías) se convierten en individuos de categoría inferior. Con el hecho de dar el retiro laboral entre los 55 y 65 años se conduce a las personas, aun vitales, a eso que algunos sociólogos y antropólogos llaman la pena de muerte social, (Joseph Fericgla) que en algunos casos va seguida de la aparición de enfermedades somáticas o incluso de la muerte biológica.

En las sociedades industrializadas, es común que los adultos en edad laboral se comprometan a cuidar de los ancianos hasta cuando éstos no les afecten su situación de confort, de acuerdo con los patrones de su grupo o clase social, en el momento en que ese confort se ve alterado, la solución es el internamiento en hogares geriátricos, lugares a los cuales rara vez los ancianos quieren entrar; esto es, un elevado porcentaje de quienes allí habitan ha llegado a fuerza de engaños o bajo fuertes presiones familiares, muy pocos están por voluntad propia y a gusto.

En nuestro país, al pasar de una estructura agraria-rural a una industrial urbana, los modelos culturales se modificaron; de familias hasta de tres generaciones, abuelos padres, hijos; en donde el anciano ocupaba un papel social de primera importancia, se llegó a las familias nucleares de padres e hijos, (por ser las que mejor se adaptan a la sociedad de consumo) y allí no tiene cabida el anciano, entonces toman fuerza conceptos negativos del viejo, acuñados siglos atrás y que lo identifican como el estorboso por lento e improductivo y el que representa una carga que no se soporta y para la cual no se dispone del tiempo que demanda su atención y cuidados. Con la vinculación de la mujer a la actividad laboral, –condición que la aleja de casa– la solución frente a la responsabilidad con el anciano es recluirlo en instituciones, con el pretexto de que allí será mejor atendido y tendrá la oportunidad de compartir con personas de su misma edad e intereses y muchas veces se le abandona

en esos lugares hasta su muerte. Es en ese hecho en donde radica el verdadero problema, en el abandono, sumado al desprendimiento forzado de todos sus afectos y de todo aquello que consideran sus raíces; abandono que muchos sufren aun estando bajo el mismo techo con su familia.

Resulta contradictorio escuchar –a través de los medios masivos de comunicación–, de un lado, que los ancianos merecen todo el respeto, que gracias a ellos el mundo funciona, que la sabiduría y experiencia acumulada en tantos años son insustituibles y de otro lado a través de los mismos medios, se nos inunda con toda una serie de valores y acciones encaminados a destacar la cultura de la juventud, llegando casi a negar la ancianidad como hecho biológico. Las acciones publicitarias de doble sentido están de moda, pareciera que se le estuviera dando mayor atención al geronte, pero en realidad se le está mirando en función del consumo de productos, planes o programas de ocio con fines lucrativos.

Los estereotipos que nos vamos formando de las diferentes etapas de la vida, hacen que le neguemos el valor a la ancianidad, la rechacemos por ser sinónimo de incapacidad, de fealdad y fin de la vida.

Los modelos culturales que se están adoptando ahogan las tradiciones y cada vez se observa que son más los hijos que apartan a sus padres, estableciéndose contacto esporádico, especialmente por vía telefónica o a través de visitas muy irregulares, especialmente cuando los hijos necesitan favores.

Esa situación que resulta deshumanizante, requiere de una acción intensa para reeducar en valores que le den al anciano un justo reconocimiento por su legado, reconocimiento que se traducirá en un ocaso sosegado y rodeado de afectividad. Dicha reeducación involucra prioritariamente al Estado, a la familia, a los encargados del cuidado de los longevos y a los medios de comunicación.

Es importante intensificar la investigación social, conducente a desarrollar programas que respondan a las necesidades y expectativas reales del geronte y evitar la implantación de aquellos que de acuerdo con los estereotipos, creemos que hay que ofrecerles.

De otro lado, la profesión de quienes cuidan de los ancianos –en un país en proceso de envejecimiento– reviste trascendental importancia, por eso merece total fortalecimiento.

También hay necesidad de asumir como política del alto gobierno, la cultura de la ancianidad y evitar centrarse excesivamente en la cultura de la juventud. En esto los medios de comunicación tienen gran responsabili-

dad, especialmente la televisión, la prensa y la radio.

Es esencial inculcar desde las primeras etapas de socialización el respeto y el afecto por el anciano y educar para aceptar la ancianidad como lo que ella es: una etapa natural-biológica del Ser.

Finalmente, como quiera que para un elevado grupo de personas la vejez se agudiza con el retiro laboral, se hace indispensable el incremento de programas de preparación para la jubilación y la ampliación de los centros día –en donde se desarrolle actividades productivas– que hagan sentir útil al geronte.